

VIDA Y MILAGROS

DE

SAN PEDRO DE OSMIA

EN ROMANCE, POR

D. Agapito Alpanseque y Blanco

*Párroco de Fresnillo de las Dueñas,
en la misma Diócesis.*



ARANDA DE DUERO

Imp. y Lib. de Cesáreo Esteban

1917.

SS-F

2-4-0

B.P. de Soria



1082887

SS-F Z-4-0

R. 48078

VIDA Y MILAGROS

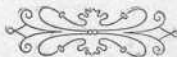
DE

SAN PEDRO DE OSMIA

EN ROMANCE POR

D. Agapito Alpanseque y Blanco

*Párroco de Fresnillo de las Dueñas,
en la misma Diócesis.*



ARANDA DE DUERO
Imp. y Lib. de Cesáreo Esteban
1917.

IMPRIMATUR

EMMANUEL, EPISCOPUS OXOMENSIS

Hay un sello que dice:
OBISPADO DE OSMA.

El Ilmo. y Revmo. Prelado de esta Diócesis, concede cincuenta días de indulgencia a los fieles que lean la presente obrita.

*Al Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Dtr.
D. Manuel Lago y González, Obispo de
Osma, al venerable Clero y piadosos fieles
de la misma Diócesis, en testimonio de amor
y gratitud, dedica esta obra de su corto in-
genio.*

El Autor.



PRÓLOGO

Nadie mejor que a V. S. Ilma. Prelado carísimo y ejemplar Pastor, que tan dignamente ocupais la silla del esclarecido San Pedro, Obispo de Osma, y con vuestras virtudes y sabiduría continuais en la Diócesis la obra gloriosa del Santo de nuestros amores; a vos, venerables sacerdotes, que, con vuestro celo por las almas, nunca desmentido y jamás bien ponderado, acreditais ser fieles imitadores, en esta hidalga tierra, de aquellos varones apostólicos que acompañaron en sus tareas al glorioso Santo, y a vosotros, seglares todos de la Diócesis que, con sobrada razón, os gloriais de ser dignos descendientes de aquellos que testigos fueron de las virtudes y milagros de nuestro Patrono insigne, podía ofrecer esta obrita de mi corto ingenio. Anhelaba, desde hace mucho tiempo, sin que se me ofreciera ocasión propicia, en justa correspondencia a vuestro entrañable afecto hacia mi, daros una prueba evidente de mi singular predilección, y la divina Providencia, que *todo lo dispone suavemente*, me la deparó magnífica, en esta Villa de Fresnillo de las Dueñas, al lado de

la milagrosa Fuente del Santo, valiéndose de la ardiente devoción que, desde que uso de razón tuve, le profesába, e impulsándome a escribir en verso, en obsequio vuestro y para propagarla más y más, llevándola, a ser posible, a todos los hogares, la Vida y milagros del Prelado insigne. . .

Pero, no conociendo otra obra, donde apoyarme, para mis fines, que la del Doctor Don José López de Quirós y Losada, (q. e. p. d.) Canónigo Doctoral que fué de la Santa Iglesia de Osma, impresa en mil setecientos veintidós, de la cual, por cierto, quedan yá contados ejemplares, y estos próximos a desaparecer; antes que así suceda y para que la Vida y virtudes de San Pedro de Osma continúen presentes a nuestros ojos y se conozcan de generación en generación, embebido en la Obra de referencia, sin poner, ni quitar nada, me decidí a dar a luz la presente, sin otro mérito que, poniéndola en romance, tratar de hacerla así más popular.

Aquí la teneis, pues. Lo bueno que encontréis en ella, devolvédselo al Sr. Losada y al Santo que me dispensó su protección; lo malo, atribuídlo a mi insuficiencia y pequeñez. De todos modos, dignaos aceptarla benignamente como la expresión de la tierna gratitud y sincero cariño que a todos os profesa.

Agapito Alpanseque y Blanco.

Fresnillo de las Dueñas 2 de Mayo de 1917.

Al esclarecido, milagroso e insigne San
Pedro, Obispo, Patrón de la Diócesis de Osma.



(SONETO.)

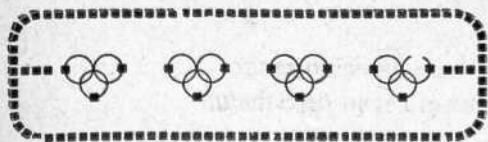
A Tí, la Flor más bella y peregrina
que en Toledo esparció su olor fragante
y en Uxama después fino Diamante
fuiste y Sol que sus tierras ilumina.

Estrella, que en la Esfera palentina
incansable en lucir y nunca errante
padeció, para ser siempre triunfante
en mi patrio solar, donde reclina.

A tí, de Osma Patrón, insigne Santo,
dechado de virtud, gobierno y celo,
elevo con fervor hoy este canto.

Fruto es de amor a Tí y de mi desvelo....
!Recíbelo, aunque pobre, y entretanto
bendícenos a todos desde el Cielo!

A. A. B.



PRIMERA PARTE

Vida y milagros de San Pedro de Osma, hasta su muerte, ocurrida en Palencia, el dos de Agosto, de mil ciento nueve.

I.

Patria, padres, apellidos y primeros años de S. Pedro de Osma.

En la ciudad de Bituria, de la ínclita Francia honra o de la misma en Burgés que a Berris en suerte toca, pues que fuese aquí o allá no es averiguada cosa, hacia la mitad del siglo undécimo de la Historia, hijo de Guillermo Luna

y de Neimira su esposa,
nació el insigne varón
San Pedro Obispo de Osma.

Tan nobles como cristianos,
criáronle en muy piadosas
y tan loables costumbres,
que sus virtudes heróicas
al par que crecía en años
se aumentaban generosas.

Su ocupación más preciada
era la asistencia pronta
a los oficios divinos
que hacíanse en la Parroquia,
donde al ministro de Dios
servía con fé piadosa
y a los niños de su edad
instruía en santas obras,
siendo admiración de todos
su ciencia y virtud hermosas.

Por lo regular, pan y agua
eran su comida sola;
su vestido era un cilicio,
la cama pesada losa
tendida en el frío suelo
donde pasaba las horas

entre vigiliass y ayunos
y disciplina que asombra
hasta hacer saltar la sangre
de sus miembros tan copiosa
que semejaba un torrente
cuando feroz se desborda.

Lo que bebía eran lágrimas
de penitencia, y es cosa
de ver como el aire hendían
suspiros que, de su boca
saliendo, hasta Dios llegaban,
frutos de sus buenas obras
y de caridad ardiente
que las montañas transporta
y ayuda a poner en claro
las más difíciles cosas.

Por esto, de El mereció,
como la más alta honra,
entrar en un monasterio
a hacer vida religiosa,
donde pudiera mejor,
cual de sus triunfos corona,
participar de sus dones
que así le dieran más gloria,
silla más alta en Cielo
y en este mundo victoria.

Toma San Pedro el hábito de monje benedictino en el convento auricense, y virtudes en que resplandeció hasta que vino a España.

Crecía el Santo en edad y a un tiempo en el desengaño de los terrenos negocios.

Considerando que un paso es solo a la eternidad en el humano palacio de los mortales la vida, a más alto fin criados, y que la casa de Dios haciendo al hombre más cauto le aparta así de la culpa y acerca más a lo santo, siguiendo, fiel las pisadas de su Tío Don Bernardo, en el convento auricense de Benito tomó el hábito, de otros monjes en unión y de su Tío Bernardo que de Toledo más tarde

fué el Arzobispo Primado.

De las murallas claustrales
puesto yá bajo el amparo,
siempre fué su grande anhelo
imitar a los más santos
y humilde allí practicar
los menesteres más bajos,
barriendo de Dios la casa
y las alcobas limpiando
que no se rebaja nadie
por más que sea él muy santo
en servir a Dios y al hombre,
antes bien, se vé más alto. . .

Era incansable en cuidar
de los enfermos al paso,
sustituyendo a los monjes,
en religión sus hermanos,
que por especial deber,
obligación y cuidado
para tales ministerios
se encontraban destinados.

Era el primero en el coro,
más nunca se vió parado
y jamás en el recreo
le vieron ojos humanos,
pues todo su gran placer,
su fino gusto y regalo

era conversar con Dios
en éxtasis sobre humanos,
detestando sin cesar
y llorando sus pecados,
como si él hubiera sido
en la tierra un mal cristiano,
mientras que de la Pasión
muy devoto enamorado
decía a Jesús:— «Que bajen
las aguas de lo más alto
que ellas todas serán pocas
para lavar mis pecados»...

III

**Viene San Pedro a España y es
nombrado Arceobispo de Toledo.**

Un germen de rebeldía
en Toledo había arraigado
contra el Prelado legítimo
y Arzobispo Don Bernardo
a causa de la ambición
de algunos clérigos fatuos
que intentaban deponerle,
poniendo otro de su mano,
cuando el Arzobispo insigne,
en virtud de un voto santo

marchaba a la Tierra Santa
cual caballero esforzado
a luchar contra el infiel
y fiero mahometano.

Pero avisado a su tiempo,
volvióse al Arzobispado,
y en el afan de arreglar
los incidentes pasados,
del convento de Sahagun
varios religiosos trajo
con cuyo auxilio y gran celo
quedó todo sosegado,
marchándose luego a Roma
donde el Pontifice Santo
dispensóle de su voto,
al punto luego ordenando
que regresara a Toledo,
con premura y sin descanso,
para evitar que ocurriesen
otros parecidos casos.

Más, como, de allí al partir,
hacia Roma, Don Bernardo
llevase especial misión
del Rey Don Alfonso Cuarto
para que trajese a España,
consigo, varones santos,
religiosos instruídos

y de esclarecido rango
para el dicho de Sahagun,
por él reedificado,
a su regreso por Francia,
de allí algunos monjes trajó
y entre ellos, a Don Pedro,
nuestro esclarecido Santo,
a quien, por su gran virtud,
modestia y talento raro,
donó luego de su Iglesia
el Título de Arcediano,
al cual, el de Provisor
era entonces vinculado.

IV

**Nombra D. Bernardo, Arzobis-
po de Toledo, a San Pedro, por
Obispo de Osma.**

El celo que nuestro Santo
en Toledo desplegara,
su nuevo cargo ejerciendo,
dióle tal mérito y fama,
que no me siento con fuerzas,
ni encuentro a mi vez, palabras,
para narrar sus virtudes
y describir sus hazañas.

No hubo plan que él no ilustrase,
ni pleito que no arreglara,
y en predicar a los fieles
las enseñanzas cristianas,
como era entonces su oficio,
ni un solo instante cesaba.

De los Diáconos caudillo,
con cuya honrosa palabra
se distinguía al que el cargo
de Arcediano en si llevaba,
en lo que a esto se refiere
lo hizo todo sin tardanza.

Y era tanto su valer
y su diligencia tanta,
sus virtudes tan excelsas
y cualidades tan raras,
que, aparte que Dios lo quiso
y a Don Bernardo inspirára,
es cierto que tales méritos
sin duda fueron la causa
de que a nuestro Santo, Obispo
de esta Diócesis nombrara,
bien que contra su querer,
solo porque Dios llamaba,
cuando allí, ni Catedral,
se erguía ni había nada
de aquella que los antiguos

en su suelo edificaran.

¡Yá está el Santo entre nosotros!
¡Llegó la hora, a Dios gracias,
de que acaricie el Pastor
su amada grey dispersada! . . .

Al punto, en la ínclita Villa
que Burgo de Osma se llama,
su Catedral a erigir
comienza sin más tardanza
en célebre monasterio
que de San Miguel llamaban
y era propio en tales fechas
del de San Pedro de Arlanza,
donde habitó nuestro Santo
y Diócesis gobernára
hasta que la Iglesia fué
de nuevo reedificada,
sirviendo como Canónigos
los monjes de aquella Casa.

Fué tanto el gozo del pueblo
y fué su alegría tanta
porque Dios a tal varon
por su Obispo deparára,
que, a gritos, regocijado,
sin cesar, dábale gracias
y a San Pedro, cual pupila
de sus ojos le guardaba.

**Gobierna San Pedro de Osma
santamente su Iglesia, y sus
trabajos espirituales y materia-
les en ella.**

Así comienza a vivir
del Burgo en la hermosa Villa
el Gran Prelado que Dios
en su bondad la destina;
llevando a cabo, no sólo
lo material de la misma,
sino el Templo de las almas
de sus ovejas queridas,
pues no había diocesano
ni pobre ninguno había
a quien El no socorriese
y consolara en sus cuitas.

No entró a disponer su casa,
ni a enriquecer la familia,
antes bien de Dios la casa
lo primero es de que cuida
y de socorrer los pobres
que en la Diócesis habitan.

Y al paso que del gran Santo
la caridad infinita

dá principio a edificar
lo material de la misma,
se dispone a la reforma
de su Diócesis querida,
arreglando las costumbres
que se hallaban pervertidas,
extirpando los abusos
que infanzones producían
y otros muchos poderosos
moros y de ley judía
que por las tierras de Osma
fuertes aun se mantenían.

Fué creciendo en el ejemplo
de nuestro Santo y doctrinas
de la Diócesis de Osma
la alterada disciplina
y, a poco que comenzó
a ejercer báculo y mitra,
bien se puede decir de El
que «agregó nueva Familia»,
pues a los monjes benitos
que la Catedral servían
pronto se agregaron otros
muchos jóvenes levitas
que en la comun observancia
de su regla allí vivían.

.....

¡Oh! quien me diera a mi fuerzas,
virtud y sabiduría,
para cantar de San Pedro
las dotes tan peregrinas,
su gran celo por las almas
y caridad en que ardía! . . .

Practicaba sin descanso
las pastorales visitas
y, en cuanto le era posible,
el Santo, en persona misma,
como el más humilde Párroco,
con diligencia precisa,
llevaba los Sacramentos
a cuantos se los pedían.

A los tristes, consolaba,
a los pobres, socorria,
desarraigaba los odios,
disipaba las rencillas
y era tan celoso y pródigo
de las grandezas divinas,
que bien de El decirse puede
como del que dijo Osías:

—Bramará cuan león fuerte
y, a sus voces severísimas,
del mar temblarán los Hijos
y sepultará en su sima.

A los fieles exhortaba

con blándura nunca vista
y con tierna mansedumbre
a la virtud los inclina;
más, si el rigor es preciso,
en usarlo no vacila.

Era el aspecto del Santo
venerable y a su vista
temblaba el malo de pena,
el bueno daba sonrisas,
y en toda su fáz mostraba
el celo grande en que ardía
por las glorias del Eterno
y de su Esposa querida
la Iglesia; de quien el era
Prelado, Pastor y Guía. . . .

VI.

**De como un alcaide de la Ciudad
de Osma quiso quitar la vida a
San Pedro y milagro que obró el
Santo con el referido caballero.**

De un magnifico castillo
que en Osma, la vieja, se alza,
formando escuadrón bizarro
y armados de todas armas,
salen multitud de pajes

al campo, muy de mañana.

Al frente vá un caballero
que en brioso corcel cabalga
llevando ceñida al cinto
una reluciente espada.

¿Donde vá? . Nadie lo sabé,
más, se advierte en sus miradas;
que no vá en búscã de fiestas,
torneos, justas, ni cañas,
por cuanto para su hueste
de allí a muy corta distancia
ordenándola que esgrima
cuando el disponga sus armas,
y la coloca en acecho,
como el que algo horrible trama,
mientras que su impura lengua
murmura aquestas palabras;

—¡Yá llegó el día esperado!
¡La hora de mi venganza!

.....
Del lugar en que se aposta
aquella hueste malvada,
pacífica comitiva
viene en dirección contraria.

No la preceden trompetas,
ni caudillos la acompañan;
solo unos cuantos lacayos

que visten túnicas largas
a un anciano venerable
le prestan de honor la guardia.

— ¡Yá se acerca, yá se acerca!
que dijo el traidor es fama;
yá, por fin, dispuso el diablo
la hora de mi venganza!
¡Ay de tí, Pedro, este día!
¡Ay de tí, mi Obispo, exclama!
¡Escuderos, mano en él!
¡Sús valientes, a las armas! . .
Dice, y en aquel instante,
el corcél en que cabalga,
con furor extraordinario
no lejos de sí le lanza,
le pisotea furioso,
muérdele con fiera rabia,
tómale aquí, allí le deja,
vuélvele a pisar, le arrastra
de Satanás impulsado
que es el dueño de aquella alma,
hasta que herido de muerte
y yá próximo a besarla,
de su desgracia apiadado
el gran Obispo, reclama
perdón para él al cielo
y del demonio le salva,

mientras el alcaide triste,
murmura aquestas palabras:

—¡Justo castigo del cielo
es éste a mis malas mañas!
Me enriquecí con los bienes
de la Iglesia sacrosanta
y no contento con ello,
pues que nada me bastaba,
quise las manos poner
en mi Obispo con audacia.

Sean los bienes devueltos
a la Iglesia a quien robara,
perdóneme Dios la pena
debida a tan graves faltas
y aprendan los venideros,
si acaso alguna vez tratan
de poner su impura mano
en persona o cosas santas,
cual hoy castiga el Eterno
mi ambición desenfrenada...



VII.

Sana San Pedro, en Langa de Duero, villa del Obispado, a un enfermo de cuartanas, dándole a comer un péz.

Bien pocos días pasaron del referido suceso, cuando el Santo, caminando de su oficio en cumplimiento a visitar las Iglesias de aqueste Obispado nuestro, en las umbrosas riberas que baña el undoso Duero, para recrearse en ellas y al ánimo dar contento (que lo espiritual no riñe con el ejercicio honesto,) detúvose a descansar al mediodía un momento.

El cielo, de nubes limpio, semeja azulado piélagos, las aves lanzan sus trinos entre las ramas del fresno y el río murmura alegre, deslizándose sereno

cual las sombras se deslizan
por un cristalino espejo.

Entre sus ondas, los peces
juguetean y San Pedro
para humedecer las sienes
refrescando su pañuelo,
vé flotar en gran tropel
sobre el agua miles de ellos,
y con su báculo, al punto,
en el agua raya haciendo,
en nombre de Dios les manda
que lleguen donde está puesto.

Los pececillos, sumisos,
atienden a su precepto,
llegando a sus mismos piés
con uno grande entre ellos
que, a su natural rebelde
haciendo horror manifiesto,
vá saltando sobre el agua
hasta llegar a San Pedro
y en su pañuelo se prende
como si fuera un anzuelo. . .

Entre tanto que esto ocurre
a Langa, que no está lejos,
con su comitiva avanza,
el Santo Obispo Don Pedro.

De esta villa en la posada

una vez que yá está dentro,
de graves fiebres cuartanas
se encuentra con un enfermo.

Apesadumbrado y triste
está en un mísero lecho,
de dolores oprimido,
yá cansado de remedios
y sus deudos van y vienen
con el natural estrépito
porque ven se vá acercando
de su muerte el crüel momento.

Lloran, suplican, se postran
rendidos ante San Pedro
y a gritos la salud piden
con el desgraciado enfermo.

Levanta el Santo sus ojos,
los clava fijo en el cielo,
y bendiciendo sonriente
el pez que cogió en el Duero,
ordena que se lo coma
y al punto se verá bueno.

Hizolo así y el doliente
quedó curado al momento,
en lo que todos miraron
el gran poder del Eterno
manifestado a las claras
en la virtud de su siervo.

Diéronle gracias a coro
por tan felice suceso
que al punto súpose en Langa
y en el Obispado entero,
mientras el Santo seguía
dando frutos de su celo,
en servir a Dios y al prójimo
cual cumple a un Obispo bueno.

VIII.

**Toca San Pedro de Osma con su
báculo en el tronco de una enci-
na, de la cual brotó agua abun-
dante, en Fresnillo de las Dueñas,
Villa del arciprestazgo de Hrandá**

Río abajo, el Santo insigne
continuando su Visita,
de Fresnillo de las Dueñas
arribó a la amena Villa.

Después de ilustrar al pueblo
en las divinas doctrinas
y de consagrar la Iglesia
y practicar su Visita,
creyendo que al vecindario
incomodidad daría
si en sus casas se hospedaba

y hacía estancia en la Villa,
determinó reposar
a la sombra de una encina.

Llega la hora de comer,
y como agua necesita
para lavarse las manos,
segun su costumbre antigua,
manda que uno de sus pajes
vaya al Duero y se la sirva.

Toma éste un jarro y por ella
vá con presteza solícita,
más, en vano, el tiempo pasa,
porque el paje se descuida.

Sin duda, permíte Dios,
en su bondad infinita,
que el pueblo todo presencie
del Santo las maravillas,
y pareciéndole a éste
que mucho se detenía,
levanta al punto su báculo,
y con él dando en la encina. ...

(¡Angeles, rasgad los cielos!
¡Pasmaos ante su vista!
¡Venid todos a mirar
postrados tal maravilla!)
hasta las hojas más tiernas
que dan belleza a la encina,

sin reservar tronco y ramas,
con hermosura no vista,
y en perfecto aguamanil
una de ellas convertida,
entre cambiantes del iris,
dán tal chorro de agua límpida
que forman perenne fuente
que el mismo cristal más fina,
de la que el pueblo hoy se sirve,
como del cielo venida,
y aun aplica a sus enfermos
cual eficaz medicina.

Fué tanto el gozo de todos,
el contento y la alegría
por el milagro que el Santo
realizara en tal Villa,
que en el día dos de Agosto,
con procesión solemnísimá,
se renueva cada un año
de esto la memoria viva,
llevando en su mano el Párroco
un pedazo de la encina
que en la Iglesia se conserva
como preciada reliquia,
hasta un hermoso Oratorio
que se alza en la Fuente misma,
donde el día referido

se canta solemne Misa
con una oración al Santo
y otra «Pro lluvia», enseguida.

Como noble ejecutoria,
que al extraño le dá envidia
y al propio le causa celos
que a ardiente piedad le excitan,
airoso, en su fondo, luce
el sello de la Alcaldía
la delicada silueta
de la veneranda encina.

De inmunidad eclesiástica
gozó el oratorio un día,
y hoy los fieles de Fresnillo
y de las cercanas villas,
allí, del Santo a los piés,
van a referir sus cuitas,
a depositar sus dones
con oraciones sentidas
y darle esmerado culto
como en los primeros días.



**Hallándose San Pedro, de noche,
en la Capilla de San Antolín, de
Palencia, obra Dios, por interce-
sión del Santo, el milagro de en-
cenderse, con fuego bajado del
Cielo, una luz apagada.**

En subterránea capilla
dedicada al mártir Diácono
y Patrón, San Antolín,
de Palencia, se halla el Santo.

A negocios urgentísimos
del Rey Don Alfonso Cuarto
había llegado allí,
no para buscar descanso,
y pareciéndole que esto
le traía algo apartado
de sus prácticas piadosas
de costumbre, y anhelando
estar a solas con Dios,
para mejor realizarlo
determinó hurtar el cuerpo
a los negocios humanos
y sepultarse en el fondo
del oscuro subterráneo.

El viento ruge furioso,
con ruidos lós más extraños,
los viejos pesados muros
de la ciudad azotando;
la noche es oscura y triste,
siguen los vientos bramando,
no hay una estrella en el cielo,
ni luna alumbra el espacio
y fuera de esto no se oye,
ni palpa fuera del caso,
que las pláticas fervientes
con Jesucristo, del Santo,
y una tenue lamparilla
luciendo en el subterráneo.

Los coloquios se prolongan
en éxtasis sobrehumanos,
la noche sombría y tétrica
poco a poco vá avanzando,
y aunque el alma no se cansa
y el espíritu está franco,
su cuerpo se rinde, al fin,
por el sueño dominado....

De pronto, despierta de él,
y, al verse a oscuras el Santo,
exclama con dulces ecos
que el viento vá transportando:
—¡Oh Rey de reyes, querido,

y autor de lo que es creado!

Si es verdad lo que se dice
de Antolín, mártir y Diácono,
y que su cuerpo bendito
se encuentra aquí sepultado,
ház que la apagada lámpara
siga este sitio alumbrando.

Protesto que mi intención,
al presente no es tentáros,
sinó la verdad saber
con anhelo el más cristiano.

Y, apenas estas palabras
de proferir cesa el Santo,
un rayo de luz hermosa
desciende de lo más alto
que, aplicándose a la lámpara,
con un resplandor extraño,
encendiéndola, la vuelve
a su primitivo estado. . . .

Fué tanta su fama y crédito,
por este y otros milagros
igual en la propia Diócesis
que fuera del Obispado,
que el estado secular,
lo mismo que el eclesiástico,
como a Padre le adoraban,
le respetaban como Amo,

todos eran para Él
y Él para todo el rebaño
que Dios, en su Providencia,
le tenía encomendado.

X.

**Convierte San Pedro de Osma a
la fé católica a una doncella
mora en la Uilla de Berlanga
de Duero.**

Erase una joven mora,
hija de padres riquísimos,
que, si noble era por sangre,
por su estado era lo mismo.

Iba a su extrema belleza
también el talento unido,
por lo que secretamente
recibió el Santo Bautismo,
gracias al celo apostólico
de nuestro ejemplar Obispo,
que, al verla tan bien dispuesta,
al punto casarla quiso
con un mancebo cristiano,
joven noble, y fidelísimo
que del padre de la mora
había estado cautivo.

y en la Villa de Berlanga
de Duero había nacido,
que era propia en aquel tiempo
de aqueste Obispado mismo.

No era gusto de sus padres,
tampoco de los moriscos
que a todo trance querían,
según humanos indicios,
dar ambos en matrimonio
a otros de su raza dignos.

Ni las viles amenazas,
ni los severos castigos,
ni el miedo a la muerte misma
a los dos les dan motivo
a que su empresa abandonen,
y, yéndose al Santo Obispo,
con lágrimas en los ojos,
le relatan sus martirios
y piden les preste ayuda
en trance tan penosísimo.

Un rayo de luz divina
dá en la faz del Santo Obispo;
cásala con el cristiano
en aquel instante mismo
y éste persuade a la joven,
con argumentos sentidos,
a que dejando sus padres

y casa donde han nacido
váyanse lejos. . . muy lejos,
por mejor servir a Cristo,
donde no alcance la insidia
de sus padres fementidos.

Hacénlo así, y al notar
sus padres que yá se han ido,
les despojan de su herencia
y privan de sus servicios. . . .

Más, ¡oh! caridad del Santo! . . .
que, apenas El lo ha sabido,
una renta les asigna
con la que puedan solícitos
cubrir sus necesidades
y dar mayor gloria a Cristo. . . .

De lo íntimo de su alma
gracias dan al Santo Obispo;
lo sabe el pueblo oxomense
y, unido a ellos en espíritu,
todos la virtud aplauden
de su Prelado amantísimo.



**Muerte de San Pedro de Osma,
en Palencia, todo lo que sucedió
en ella y profetizó viviendo.**

Tendido en lecho de muerte,
pues que de ella hay gran peligro,
del Prelado de Palencia
que es su máspreciado amigo,
acompañado se encuentra
nuestro venerado Obispo. . .

De que el Rey Alfonso Sexto
de muerte estaba en peligro
noticioso nuestro Santo,
a Toledo había ido
por visitarle y tratar
con Bernardo, su Arzobispo,
de la Diócesis de Osma
asuntos importantísimos.

Quiso Dios en sus arcanos
a aquel Rey llevar consigo,
y al acompañar los restos
a Sahagun, cual dejó dicho,
una grave enfermedad
al Santo le sobrevino,
por lo cual, llevarle al punto

a Palencia fué preciso
y a casa de aquel Prelado
su antiguo y más fiel amigo.

La enfermedad, vá en aumento,
los dolores, más crecidos,
en vano ahoga el de Palencia,
en su pecho mil suspiros,
porque el de Uxama lo nota
y, al verle tan afligido,
a modo de testamento,
de esta suerte habla al Obispo:

—No llores, no, ni te apenes,
ni suspires, caro amigo,
pues sé, que al echar por tierra
esta casa en que ahora vivo,
hasta no dejar cimientos,
el Grande poder divino,
su piedad me ha de dar otra
por los siglos infinitos.

Lo que te ruego y encargo
y ardientemente suplico,
es que cuando llegue el tiempo
de dar el postrer suspiro,
a la Santa Iglesia de Osma
sea mi cuerpo conducido
y en esto hé de conocer
que fuiste el mejor amigo.

Quedó sin hablar palabra al oírlo el buen Obispo, más, reponiéndose al punto, le contesta entre gemidos:

—Mi deseo más vehemente es de hacerlo así, carísimo, pero, la jornada es larga, los calores, excesivos, de salteadores y moros tal vez lleno esté el camino.

—No tal, le replica el Santo, ni formes varios prejuicios, nada te há de suceder, ni a los que vayan contigo; tanto al ir como al volver, será el viaje felicísimo.

quiero que mis sucesores me vean siempre en tal sitio, para que así cobren fuerzas y se recreen conmigo.

Prometióselo gustoso de Palencia el buen Obispo, y como la enfermedad diera el paso decisivo, recibió los Sacramentos con fervores nunca vistos, pidiendo que ante sus ojos

pusiesen un crucifijo
al que, con copiosas lágrimas,
salidas de lo más íntimo,
decía:—Dichoso yó,
dichoso; sí, yo, Bien mío,
si se me acaba esta vida
y voy a gozar contigo.

Estando en este coloquio,
en gracias divinas rico,
pusoselé ante la vista
nuestro comun enemigo,
y, levantándola al Cielo,
con entereza le dijo:

—¿Qué estas esperando aquí?
No tendrás nada conmigo.

Y a su oración dando fin,
con un ánimo grandísimo,
pidió le llevasen agua,
con sal, que el mismo bendijo,
y, como lo hace la Iglesia,
rezando los exorcismos,
la esparció entre los presentes,
yéndose el demonio huido.

Incorporóse algun tanto,
y, oprimiendo el crucifijo,
le besó costado y manos,
con los piés, hizo lo mismo

a un tiempo que estas palabras del Grande Profeta dijo:

—Mi alma, sacad, Señor, cuanto antes del cuerpo mísero para que de vuestra Gloria empiece a gozar hoy mismo...

Y sin hacer, ni en el cuerpo, ni en el rostro extraño signo, en manos del Criador puso su cristiano espíritu...

Muy grande fué el sentimiento que hizo el palentino Obispo de la muerte de San Pedro, su más apreciado amigo, orden dió de ungir su cuerpo con ungüentos preciosísimos, y púso en ejecución, en aquel instante mismo su voluntad de llevar los restos del Santo Obispo a la Catedral de Osma, como le había ofrecido.



XII.

Es conducido el cuerpo de San Pedro, desde Palencia, a la Santa Iglesia de Osma, donde está sepultado.

Cuan grande amor a San Pedro
teniale el de Palencia,
queda luego demostrado,
pues ordenó hacer exequias
y funerales por su alma,
a los que el pueblo asistiera.

Una cabalgata insigne,
precedida de trompetas,
con caballeros y nobles,
viejos, jóvenes, doncellas
y gentío numeroso,
de las vecinas aldeas,
se agolpan ante el cadáver
al sacarlo Palencia.

Todo allí es llanto y suspiros,
todo lágrimas y pena;
se pone en marcha el cadaver,
se han andado algunas leguas,
y aun parécenles tan cortas
que a separarse no aciertan. . .

Dánle, al fin, el adiós último,
sumidos en honda pena
y silenciosos retornan
a la Ciudad de Palencia. . . .

Entretanto, vá el cadáver
salvando distancia inmensa
a través de las llanuras
de las castellanas tierras.

Ni moros, ni salteadores,
ni ladrones que hay en ellas,
turban la paz de los restos
que el cofre fúnebre encierra.

Todo en el viaje es muy próspero,
todo está en calma perfecta,
como San Pedro al morir
profetizara en Palencia,
y la comitiva fúnebre
al Burgo de Osma se acerca. . .

.....

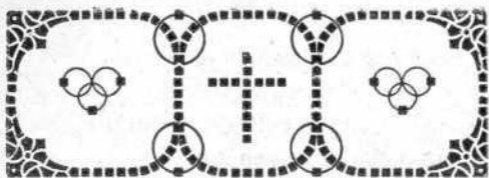
¡Yá llegó, pues, a esta Villa!
!Llegó tan querida prenda!
Cada uno la honra quiere
de ser el primero en verla,
todos, nobles y plebeyos
a recibirla se aprestan
en fúnebre comitiva,
con Cruz alzada a sus puertas,

y seglares y eclesiásticos
se alegran con su presencia
porque, aunque callado y muerto,
como a Padre le veneran
y si en vida les alivia,
en la muerte, les remedia. . . .

También grandes funerales
se hicieron en esta Iglesia
con asistencia de clérigos
y fieles de dentro y fuera,
cantando oraciones, himnos
y salmos de penitencia
a un tiempo que en un sepulcro
humilde su cuerpo encierran
y todos derraman lágrimas
por tan dolorosa pérdida. . .

FIN DE LA PRIMERA PARTE





SEGUNDA PARTE

Milagros que Dios obró, por intercesión de San Pedro de Osma, después de su muerte.



I.

Queda curada, junto al sepulcro de San Pedro, una mujer enferma de perlesia.

Es la misma mujer mora de que anteriormente hablamos en el capítulo diez del libro, primer tratado.

Bien poco tiempo llevaban unidos en santo lazo los dos jóvenes esposos que el Santo había casado,

cuando grave enfermedad,
que al más fuerte daba espanto,
de perlesia furiosa,
hizo presa en ella al cabo.

Tendida en misero lecho,
ir no puede a ningun lado
y pasa la vida triste,
por la enfermedad no tanto
como por el crüel marido,
que, ya de gastar cansado,
la trata con espereza
e incrépala a cada paso.

—Yá sabes, la dice un día,
que há muerto nuestro Abogado
San Pedro y a pesar de ello
hace aun muchos milagros;
busca en El la medicina
que en la ciencia no encontramos.

Yo mismo te llevaré
junto al sepulcro del Santo,
en tu propio carricoche
que transportaran mis brazos,
y no vuelvas a esta casa
mientras no te haya curado.

Hizolo así, y a la enferma
en la Catedral dejando,
luego que ella se vió sola

de este modo hablóle al Santo:

—Yá ves como me abandona
el marido que me has dado;
a Ti vengo, Padre mío,
pues dais la salud a varios,
no desampares hoy muerto,
a quien, vivo, amaste tanto. . . .

Apenas estas palabras
de decir hubo acabado,
San Pedro, de su sepulcro
sacando el derecho brazo,
la atrae luego hacia El,
tomándola por la mano
cual si tenerla quisiera
más cerca así de su lado.

Ella comienza a dar gritos
con voces grandes clamando:

—Ved como el Sr. San Pedro,
nuestro Obispo y mi Abogado
solicito recogerme
anhela en su catafalco;
y observa que de improviso
su cuerpo todo está sano.

Llegó a sus voces el clero
que estaba en el Templo Santo
y todos, sin excepción,
reconociendo el milagro,

con el pueblo que allí fué,
de tal suceso enterado,
entre atónitos y alegres
dijeron himnos y cánticos,
en alabanza de Dios
y gloria de nuestro Santo.

La buena mujer, alegre,
miles gracias a Dios dando,
a su deseada casa
dirige, veloz, el paso,
donde, con gran regocijo
y en medio de un placer santo,
recibida es del esposo
que la hiciera antes agravios.

II.

**Queda libre de una enfermedad
de gota, viniendo a visitar el se-
pulcro del Santo, un joven na-
tural de la Villa de Andaluz, en
esta Diócesis.**

Un hidrópico y gotoso,
joven de honrada familia,
a quien los médicos todos
la salud dar no podían,
en la Villa de Andaluz,

de esta Diócesis, había.

Era tanta la hinchazón,
tan repugnante a la vista,
que no daba el menor paso;
ni aun de su casa salía,
y, resignado, en las manos
del que es Autor de la Vida,
soportaba con paciencia
de la enfermedad las iras.

Era tan grande el amor
que sus padres le tenían,
que en la virtud amparados
del Santo y sus maravillas,
determinaron llevarle
junto a sus santas reliquias.

Con ojos llenos de lágrimas,
llegan del Burgo a la Villa
y su corazón un horno
semejando de luz viva,
efecto del gran cariño
que a nuestro Santo tenían,
le piden su protección
poniéndose de rodillas,
y, colocado el enfermo
delante de sus reliquias,
le dice, al punto, con estas
o palabras parecidas:

—Vos, que dijisteis, Señor,
«Yo soy la salud y vida»
y solo en vuestro poder
las criaturas confían,
dadme la salud preciada
que mi cuerpo necesita.

Sé bien que mis graves culpas
estorban que la reciba,
más, me valgo de los méritos
del Santo, y, por sus reliquias,
devolvédmela completa,
sí conviene al alma mía.

Acabada esta oración,
tan bella como sencilla,
es restituído el joven
a su robustez antigua.

Lo sabe el pueblo, y con él
dá a Dios gracias infinitas;
sus padres, regocijados,
hacia Andaluz se encaminan
y el joven, agradecido
a la gran piedad divina
y reconocido al Santo
que dióle salud cumplida,
un año entero quedarse
en servicio determina
de la Santa Iglesia de Osma,

donde fué tal maravilla,
haciendo cuanto le manden
los clérigos de la misma.

Cumplió el joven su promesa
con diligencia exquisita,
y, de ella pasado el tiempo,
de Andaluz volvió a la Villa,
entre el gozo de sus padres,
del pueblo y de la familia.

III.

**Es curado de una grave enfer-
medad de riñones, viniendo a
visitar el sepulcro de San Pedro,
el Capellán de un Caballero de
este Reino de Castilla la Vieja.**

De igual modo que Naaman,
dejando las aguas sirias,
con que podía limpiarse
la lepra que padecía,
vino a bañarse en las ondas
que riegan la Palestina,
así el Capellan de un noble
de este Reino de Castilla,
dando espalda a los santuarios
e iglesias circunvecinas,

vino en Uxama a encontrar
remedio a sus grandes cuitas.

Trajéronle a estos efectos,
pues moverse no podía,
en un carrito liviano
de los que a enfermos destinan,
y fué puesto de San Pedro
junto a las sacras reliquias,
donde pasára la noche
toda en oración continua.

Que fué hecha con gran fervor,
el mismo suceso indica,
pues, acabados maytines,
a la media noche misma,
segun costumbre decirlos
era yá en la Iglesia antigua,
el enfermo que se hallaba
junto a las santas reliquias,
levantó la voz y dijo,
con fé y esperanza vivas:

—¡Oh, mi Padre y Pastor Santo,
Obispo de Uxama un día!
¡Tú, que remedias a todos
aquellos que en Tí confían,
ten por bien de socorrer
a este fiel que hoy te suplica
y aunque grande pecador

en el Reino de Castilla,
quiere con gozo anunciar
al mundo tus maravillas! . . .

No bien esta oración fué
de su corazón salida,
cuando un resplandor celeste
de una claridad grandísima
que púsole de sí fuera
cruzó por ante su vista,
y en medio de hermoso globo
de luces que mucho brillan
la venerable figura
de nuestro Patrono atisba,
acercándose a él, sonriente,
con la veste pontificia,
que le toma de la mano
y a levantarse le invita.

Obedécele el buen clérigo,
corre por la Iglesia aprisa,
y libre así del defecto
tan grande que padecía,
invita a todos a dar
gracias, por ello, infinitas
a Dios que le hiciera digno
de merced tan inaudita.

Tan sano y agil quedó
de su enfermedad antigua,

que al subir en el corcél
ni aun estribo necesita,
y, emprendiendo veloz marcha,
vuelve a su tierra querida,
donde pondera del Santo
las mil y mil maravillas
y sus virtudes ensalza
durante toda la vida.

IV.

**Queda libre del demonio, junto
al sepulcro de San Pedro, un
clérigo energúmeno del Reino
de Navarra.**

Salvando montes y breñas,
dando tristes alaridos,
con que inquietaba a los suyos
y a la Ciudad de continuo;
sangre echando a borbotones,
unas veces, y afligido,
otras, se arrojando al fuego
o bien lanzándose al río,
un sacerdote de Estella,
de Navarra, el Reino inclito,
de Lucifer, con encono,
se encontraba poseido.

Hizo mucho por librarse de tan temible enemigo, más, si mucho lo anhelaba, menos lo hubo conseguido.

Yá una noche, fatigado, cansado y afligidísimo de tanto como en el día le atormentó el enemigo, pudo reposar un poco, quedándose algo dormido.

No bien había cerrado los ojos, cuando su espíritu vió en sueños a un hombre anciano, de alegre rostro y benigno, con nítidas vestiduras pontificales vestido, a cuya vista cobró ánimos y consuelo el pobrecillo diciéndole:—¿Tú, quien eres, que así das páz a mi espíritu?

—Pues bien, respondió el anciano. Yo soy, de Osma, Pedro, Obispo.

Marcha de esta tierra al punto, levántate ahora mismo y véte a mi Santa Iglesia que de *María* es el título, donde remedio hallarás

al poder del enemigo.

Sonriendo, alegre, el Santo,
desapareció, esto dicho,
y despertando del sueño
el infeliz poseido,
sin asustarle molestias,
ni el prolongado camino,
puso en ejecución todo
cuanto el Santo había dicho,
y, entrando en su Santa Iglesia,
allí se postró contrito
delante de las reliquias
sagradas del Santo Obispo,
suplicándole con lágrimas,
salidas de lo más íntimo,
que le cumpliese cuanto antes
lo que le había ofrecido.

Apenas así de hablar
concluyera al Santo Obispo,
quedó libre del demonio
el infeliz poseido
que, agradeciendo el favor
que recibiera allí mismo,
quedarse determinó
de aquella Iglesia al servicio
lo restante de su vida

para honra de Jesucristo,
en testimonio de amor
y gloria del Santo Obispo.

v.

**Es librado así mismo del demonio,
por intercesión de San Pedro,
un hombre de Sepúlveda,
Obispado de Sigüenza.**

Entre los hombres innúmeros
que el demonio ha molestado,
fué uno de Sepúlveda
de Castilla en este Reino.

Después de emplear los medios
al caso más apropiados,
y agotar todo recurso,
sin el menor resultado,
tuvo noticia el paciente
del poder de nuestro Santo.

A la insigne Iglesia de Osma
vino, pues, como impulsado
de una fuerza superior
venida de lo más alto
y junto al viejo sepulcro
de San Pedro, arrodillado,
pidió a Dios con muchas lágrimas

por intercesión del Santo,
le librase del demonio,
volviéndole al pueblo sano.

Su humilde razonamiento
apenas hubo acabado,
se arrojó en el duro suelo,
y, dormido en él quedando,
sin comer y sin beber
doce días hubo estado,
como si quisiese Dios,
asi de este modo extraño,
(por quebrantar su poder
y más y más humillarlo,)
dar a entender al demonio
que mayor era el de el Santo,
hasta que alegre y pacífico
de aquellos días al cabo
despiértase de su sueño
y, yá del demonio salvo,
dá a Dios gracias infinitas,
vuélvese a su pueblo sano
y publica a voz en grito
las maravillas del Santo.



VI.

Llegan, en rogativa, ciertos lugares, vecinos de la Uilla del Burgo, a pedir agua a San Pedro, y Dios, por su intercesión, se la concede en abundancia.

Como sabido es de todos que Dios la Tierra inundó con copiosísimas aguas por culpa del pecador, tambien por delitos de éste otra vez las suspendió, cuando Acab, el rey impío, dió a Baal culto y honor.

Así, de la Tierra de Osma pudieron ser ocasión los gravísimos pecados para que cerrase Dios el Cielo, negando el agua con que sus campos regó, en época no lejana, dando pruebas de su amor.

Los trigos, sus frutos niegan, tambien la vid se agotó las flores todas marchitas

yá no despiden su olor,
y los ganados, sedientos,
se quejan con triste voz,
mientras los pueblos son campos
de ruina y desolación. . . .

¿Quién a ellos dará amparo
victimas de tanto horror?
¿Quién dará tregua a sus lágrimas
y alivio a su corazón?

Impulsados de lo alto,
por una celeste voz,
se agrupan, en torno, todos,
de San Pedro, su Pastor,
y llegando hasta el sepulcro
que sus restos recibió
póstranse, remedió al Santo
pidiéndole en su aflicción.

Una vez que así lo hicieron,
su plegaria el Santo oyó,
en tal forma, que del Pueblo
apiadado, al punto, Dios,
le envió el agua benéfica,
y tan copiosa la dió
que la multitud no pudo
regresar en procesión
aquel día a sus lugares,
como fuera de rigor,

dejando en la Iglesia de Osma cruces, capas y pendón, con los demás ornamentos que en rogativa llevó hasta que, pasado tiempo, esplendente brilló el sol y retiráronse alegres, volviendo con gran fervor todos al siguiente día, para dar gracias a Dios que así usó misericordia, del Santo por mediación.

VII.

Castigo de un hombre de la Villa de Hormáz que había concurrido a la Rogativa, y repentina curación del mismo, por intercesión del Santo.

Al mismo tiempo que usaba misericordia el Señor, con la comarca oxomense, dándola su bendición y fertilizando el campo con la lluvia y el calor, un joven descomedido

que de Gormáz asistió
a la Rogativa de agua,
siendo ingrato a tal favor,
sobre el sepulcro del Santo
con impiedad se sentó.

De la honra, otro, celoso,
de nuestro Santo Pastor,
de aquel la osadía impura
con gran fuerza reprendió,
pero, enfurecido el mozo,
dió a un insulto, otro mayor.
y en la presencia de todos,
ahuecando más la voz,
de este modo, al fin, exclama,
con satánico furor.

—No soy tan cobarde y necio
que a los muertos tema yó;
hombre El era, y los difuntos
tampoco dábanle horror;
coro haciendo estas palabras
a otras feas que añadio,
cual si el diablo las dictara
desde su infernal mansión.

Al punto, en castigo justo,
Dios su mano levantó
y, elevándose la lápida,
vino al suelo el ofensor,

y fué tan tremendo el golpe
y el susto que recibió,
que daba el mirarle lástima
y el tocarle daba horror,
pues de sus miembros tullido
por completo le dejó.

Lleváronle a Gormáz luego,
y fué más su confusión
cuando todos fueron sanos
y él tan solo padeció,
quedando sin movimiento
y en cama con gran dolor.

Reconoció, al fin, su falta,
contrito al Santo volvió,
y, puesto junto al sepulcro,
quedóse allí un día o dos
pidiendo salud le diese,
misericordia y perdón.

A medida del deseo,
lo que anhelaba logró,
y, sano quedando, al punto,
y dando gracias a Dios,
volvióse alegre a la Villa
de donde enfermo salió.



VIII.

**Es llevada por sus padres, al
sepulcro de San Pedro, una niña
muda, natural del Burgo, que
recobra el habla.**

Erase una niña tierna,
del Burgo en la ínclita Villa,
hija de padres honrados,
a quien, más de un año hacía,
ni una palabra tan solo
tuvieron de oír la dicha,
pues, subitamente muda
quedó la expresada niña,
a causa de enfermedad
muy grave que padecía.

Era la luz de sus ojos,
era su encanto, su dicha,
con amor dulce en extremo
la prodigaban caricias
y su cuidado y afecto
no hallaba tasa y medida
por ser, además, la enferma,
de los dos única hija.

No les queda yá en la tierra
por ensayar medicina,

y su paternal anhelo
y diligencia exquisita,
no encuentra donde emplearse,
ni dá remedio a sus cuítas.

En trance tan duro y triste
¿dónde irán que lo consigan?
¿Dó hallará su corazón
la calma que necesita?

Un velo, al fin, de esperanzas,
descórrese ante su vista. . . .
de nuestro Santo Patrono
pónenla ante las reliquias,
suplicándole, devotos,
que en tal trance les asista
y compasivo devuelva
el habla a su amada hija. . .

No bien cesaron de hablar,
que fué su oración oída
y, comenzando a dar voces,
junto al sepulcro, la niña,
y articulando palabras
del modo que antes lo hacía,
con los que estaban presentes
dieron gracias infinitas
al Señor, que hizolos gratos
a su gran piedad divina,
Del día de Navidad

aucedió esto en la Vigilia cuando los Capitulares a cantar maytines iban, dándose feliz principio, con esta gran maravilla, a la fiesta de tal noche, viendose, además, cumplidas las proféticas palabras dictadas por Isaias: de «que Dios vendría al mundo, en medio de maravillas, para desatar las lenguas de los mudos, oprimidas», y así rindiéranle gracias por los siglos, infinitas.

IX.

Queda un joven libre de fiebres cuartanarias, lavándose con el agua con que se había limpiado el altar del sepulcro del Santo.

Era en la Catedral de Osma, y de Jueves Santo el día, cuando un joven afectado de una cuartana maligna (a semejanza del Régulo,

de la Escritura Divina,
que en Cristo buscó salud
para su hijo que moría),
impetraba de San Pedro
la que juzgaba él perdida.

Yá la santa ceremonia
del mandato concluida
y lavados los altares,
cosa que entonces se hacía,
muy cansado de remedios
y de tomar medicinas,
sin encontrar el alivio
que de há tiempo apetecía,
desconfiando de todos,
rendido por la fatiga
y aumentando con su mal
a un tiempo en melancolía,
como empujado, al efecto,
de alguna fuerza divina,
al altar, donde del Santo
se encontraban las reliquias,
terminado de limpiar,
acércase muy de prisa,
y, con mucha fé que asombra,
lleno de esperanza viva,
pide al Santo le conceda
la salud apetecida.

De pronto, un rayo de aquella
su corazón ilumina,
vá su esperanza en aumento,
más al altar se aproxima,
y, lavando bien su cuerpo,
con el agua allí vertida,
queda, al punto, así curado
de la quartana maligna.

Dá gracias en alta voz
a Dios que de él así cuida,
vuélvese contento a casa,
dando rienda a su alegría
y todos ven en San Pedro
la celestial medicina
que otorga salud al cuerpo
y al alma la dá la vida.

X.

**Es sacado milagrosamente de la
cárcel, por San Pedro, un Sa-
cerdote de San Esteban de Gormáz,
preso injustamente en ella.**

En la cárcel de la Villa
de San Esteban, por nombre,
que de Gormáz se apellida
por históricas razones,

Ex: Rivero

en un calabozo hediondo,
calumniado de los hombres
y de juez inicuo opreso,
con menosprecio del Orden
y los cánones, se encuentra
un honrado sacerdote,
natural de aquella Villa,
por tantos conceptos noble.

Refiriendo a Dios sus penas,
allí se halla el Sacerdote,
aceptando los trabajos
y bendiciendo su Nombre,
como venidos de manos
de Quien todo lo dispone,
en bien de sus criaturas
y alivio de pecadores.

Era un día de mercado,
y, el virtuoso Sacerdote,
en honda oración sumido,
ni aun percibe los rumores
de la plebe que se agita
entre mágico desórden,
de aquella tétrica cárcel
al pié de las altas torres. . . .

De pronto, una luz percibe
repleta de resplandores
y un anciano que a él se acerca,

de venerables facciones,
que, sonriente, le clama:

—No temas más yá a los hombres.

—¿Y quien eres tú? abismado
contéstale el Sacerdote.

—Yo soy Pedro, Obispo de Osma;
tu salida no demores,

ven fuera y sigueme a mí,
dejando aquestas prisiones,
yo seré tu amparo y guía
y bálsamo a tus dolores.

Quedó consolado el clérigo
con tan piadosas razones;
en seguimiento del Santo
a caminar se dispone
y las cadenas tomando
que oprimiéranle en la torre,
sale con El, protegido
de las iras de los hombres
y, pasando, sin ser vistos,
entre aquel gentío enorme,
fuera de la Villa, al fin,
libre está de sus prisiones.

Viéndose así libertado
el honrado Sacerdote,
mira a una y otra parte,
más, solo vé el horizonte,

que el Santo desaparece
y bendiciendo su nombre,
al Burgo, veloz, el paso
dirige con gozo enorme.

Participa el gran milagro
a cuantos halla y conoce,
y, yendo a la Catedral,
deposita sus prisiones
sobre el sepulcro del Santo,
donde, en magníficas voces,
por el Clero y por el Pueblo
y en presencia de los nobles,
se canta alegre *Tedeum*,
con entusiasmo sin nombre,
y, acabado, a San Esteban
de Gormáz vá el Sacerdote
para que mirando todos
inmaculado su nombre,
hagan frente a la injusticia
del inicuo Juez e innoble.



**Levántase San Pedro de Osma
de su sepulcro, para arrojar de
aquella Santa Iglesia, el cuerpo
del simoniaco Juan Tellez, ente-
rrado en ella.**

Es una noche de invierno.
De Osma en la Iglesia santa,
sumido en honda oración
que al Cielo transporta el alma,
y encomendándose a Dios
allí fervoroso se halla
un canónigo de aquella
cuyo nombre es Juan de Anaya.

De pronto, un extraño ruido
de sus éxtasis le saca,
tiende a uno y otro lado
con estupor sus miradas
y observa que del sepulcro
donde sepultado estaba
el cadáver de San Pedro,
nuestro Santo, con gran calma,
removiendo de él la losa,
con mitra y báculo se alza.

Hace oración al Santísimo,

y, una vez que es terminada,
vá a la fosa de Bertrando,
que Bernardo algunos llaman,
heredero de su silla
y de sus virtudes raras
al que, por su propio nombre,
le invita a que tambien salga,
y hecho asi, los dos Prelados
con gran magestad avanzan
adonde el Obispo Esteban,
su compañero, descansa.

A su vez ambos Prelados
a Esteban tambien le llaman
que, saliendo del sepulcro,
con pontificales trazas,
los tres de común acuerdo
al Altar mayor avanzan
donde Bertrando y Esteban
dos candeleros agarran
con sus blandones de cera
que, encendidos allí se hallan,
y pasándose al sepulcro
en que sepultado estaba
el simoniaco Juan Téllez,
solo electo, pues es fama,
que murió sin que el Pontifice

su propuesta confirmara,

—Sal de ahí, que no es lugar
ese, tuyo, en que descansas,
con grande voz imperiosa
los tres Obispos exclaman.

—Yó saldré, el tal simoniaco
contesta a aquellas palabras.

Por segunda y vez tercera
mándanle que de allí salga
y, entonces, el buen canónigo,
con grande estupor del alma,
vé salir de aquel sepulcro
horrenda figura humana,
con tristes voces diciendo
el mal estado en que estaba,
que no pudiendo yá ver
a los Prelados con calma,
por la puerta de la Iglesia
que Capiscolia llaman,
con dirección a la calle
vá en precipitada marcha
mientras el Obispo Esteban
su candelero le lanza,
quedándose este incrustado
en una piedra pesada
que, unida a la puerta misma
desde su principio estaba,

y hoy se guarda en la Capilla
que del Tesoro se llama,
con lo que dicha visión
vió el canõnigo acabada,
volviéndose cada Obispo
donde sepultado estaba.

Daba a entender Dios con esto,
y vése bien a las claras,
que no era digno Juan Téllez
de que sus restos guardára
aquella bendita Iglesia
que en su recinto albergaba
tantos venerandos cuerpos
de Obispos de vida santa. . . .

XII.

**Sana San Pedro de Osma a una
mujer de Corralba del Burgo,
Uilla del Obispado.**

Lanzando tristes gemidos
que el eco vá transportando,
desahuciada de los médicos
que, por su parte, emplearon
cuantos remedios la ciencia
al alcance de su mano
pusiera para curarla,

sín que pudieran lograrlo,
una mujer de Torralba,
que es Villa de este Obispado,
del Burgo vá en dirección
el río Abion abajo.

No la acompañan riquezas,
ni la preceden lacayos;
rodeada solamente
de sus deudos, abismados,
que en su fáz, medrosos, muestran
la gravedad de tal caso
y con su silencio y lágrimas,
disimuladas a ratos,
recargan las negras tintas
de aquel pavoroso cuadro,
marcha en alas de su fé,
ardiendo en afecto santo,
sin preocuparse nada
del mundo y de sus regalos.

Brazo y mano al pecho unidos
há que tiene más de un año,
sin que para desasirlos
haya habido medio humano,
y, en tal trance, ha decidido
acudir a nuestro Santo,
quedando junto al sepulcro
toda una noche velando.

Hallándose los canónigos
de Laudes al fin del cántico,
y yá la mujer durmiendo,
rendida por el cansancio,
vé llegar a una persona,
con sacerdotales hábitos,
que la dice: —¿Aquí, que haces?
Yá estas sana; aprieta el paso,
y acercándose sonriente,
y tomándola del brazo,
siente en él extraños ruidos
de los huesos dislocados
que, volviéndose a su sitio,
a la enferma han despertado.

Profiere gritos de júbilo,
corre alegre, muestra el brazo,
y, al verse sana, dá gracias,
deshaciéndose en aplausos,
que repiten luego a coro
en el pueblo sus paisanos,
a Dios que la dió salud
por intercesión del Santo.



**Sale San Pedro una noche de su
sepulcro a decir responsos por
las almas de dos difuntos ente-
rrados en el Claustro.**

En una noche oscura
de temible vendabal.

El viento furioso azota,
como no lo hizo jamás,
los ventanales rasgados
de la airosa Catedral
que mecida entre las sombras
que la oscuridad la dá
y al empuje del azote
del intrépido huracán,
a la oración más anima
y al silencio invita más.

No se escuchan los murmullos
de los fieles al rezar,
ni el arrullo de palomas
en el viejo mechinal,
ni del coro las plegarias,
ni del órgano el tronar.

Todo es calma en su recinto,
todo es dicha sin igual,
y al amparo del silencio

que allí reina sepulcra,
solo el ruido se percibe
de la más tranquila páz
y de lámpara expirante
la indecisa claridad
que ilumina a duras penas
los contornos del altar.

Que se acerca media noche,
indicando todo está,
y, a los pálidos reflejos
de la luz, con majestad,
bella sombra de un sepulcro
háse visto levantar,
de mitra y báculo ornada
y veste pontifical.

¿Dó su paso, pues, dirige?

¿Donde así estrépida vá?...

De la Santa Iglesia de Osma
a los claustros vá a parar,
donde dos difuntos yacen
esperando con afán
oraciones de los fieles
y el surgir universal.

Yá está firme ante el sepulcro,
y, en aquella soledad,
mientras vá cesando el viento
en su trágico bramar,

de la Santa Cruz bendita
hecha luego la señal,
dice con voz muy segura
y más que dulce ademán:

—¡Oh Dios mío, que esta fosa
que ante mi vista aquí está,
por medio de tu fiel siervo
te dignaste consagrar,
por manos de tus ministros,
piadoso, bendícela!

Ora un rato, y de él al cabo
vésele luego tornar
en dirección de la Iglesia
que es la Santa Catedral,
donde con calma inefable
su fosa vuelve a ocupar.

.....

Es San Pedro, Obispo de Osma,
nuestro Patrón sin igual,
que nos invita y anima
por los muertos a rogar
y devotos de las ánimas
quiere que todos seais.

¡Roguemos por los difuntos,
por que descansen en páz,
que así también con nosotros
los venideros harán!

**Libra de la muerte San Pedro de
Osma, a un albañil que cayó de
lo más alto de la Capilla del Santo.**

De San Pedro, Obispo de Osma,
entre las mil maravillas,
lugar preferente ocupa
la que vá a ser referida.

En mil quinientos setenta
y siete, según se afirma,
estábase blanqueando
del Santo la gran Capilla
donde están depositadas
sus venerandas reliquias.

Un mancebo de Berlanga,
la muy histórica Villa,
el que, Cristobal de Aranda,
por nombre propio tenía,
cayendo de lo más alto
vino a parar de barriga
en medio de grande estrépito
sobre tres férreas clavijas,
de entre otras, que haciendo rueda
a las sagradas reliquias,
son, a muy corta distancia,

sobre unas barandas, fijas,
donde se colocan cirios
en las fiestas solemnísimas.

No faltaban allí gentes
que, al presenciar tal caída,
lanzando gritos de horror,
aprestáronse solícitas,
más que a prestarle socorro,
a presenciar su agonía,
pues no otra cosa esperaban
de tan tremenda caída...

Más, ¡oh prodigio sin nombre,
que entera la Tierra admira! . . .

Le recogen sano y salvo
y sin la lesión más mínima,
pues, según confesión propia,
que otros muchos atestiguan,
pidió protección al Santo
al desprenderse de arriba,
prestándosela, al efecto,
del modo que aquí se indica,
siendo lo más de admirar
y es la mayor maravilla,
que se doblaron las puntas
de las férreas clavijas
hacia abajo y ni un girón
de la ropa fué a la vista.

Como testimonio fiel
de tan grande maravilla,
mandó el Cabildo quitar
al punto las tres clavijas,
poniendo en su lugar otras
que a igual objeto destina.

El Burgo entero acudió
al saber tal maravilla
y, allí, de hinojos postrados,
el Clero y Pueblo, a porfía,
del Santo Obispo aclamaron
la protección infinita.

XV.

**Sana San Pedro de Osma, al
Principe Felipe Cuarto de una
grave enfermedad en Aranda
de Duero.**

Allá por el mes de Julio,
de mil seiscientos diez años,
hallándose el Rey Católico
y querido soberano
Felipe Tercio en Aranda,
que es Villa de este Obispado,
de gravedad cayó enfermo.
su alteza Felipe Cuarto,

por unas fiebres malignas
que le tenían postrado.

Noticioso aquel buen Rey
de los milagros del Santo,
dió orden de que el Cabildo
le enviase allí su cráneo
para que el piadoso Príncipe
la tal reliquia adorando,
intercediera San Pedro
con el Rey de reyes santo
y le otorgára sus dones
restituyéndole sano.

Tan pronto el Cabildo de Osma
recibió el piadoso encargo,
como, del Príncipe amante,
igual que del Soberano,
dispuso que dos canónigos,
con devoción y cuidado,
de nuestro Santo Patrono
llevásen a Aranda el cráneo.

Apenas llegado allí,
Rey y Príncipe, postrados,
con grande fé y devoción
tal reliquia veneraron...

En honda oración sumidos
estuvieron largo rato,
sin decidirse a dejar

aquellos restos sagrados
hasta que el enfermo Príncipe
se considerase sano,
y ¡oh prodigio singular
del poder de nuestro Santo!

Desde aquel instante mismo
su Alteza se vió aliviado
hasta mirarse, como antes,
de allí a poco, bueno y salvo.

Todos dieron a Dios gracias,
en medio de himnos y cánticos,
a San Pedro, Obispo de Osma,
por el suceso tan fausto,
como yó se las doy hoy
por haberse ambos dignado
darme inspiración y fuerza
para cantar los milagros
y narrar la Vida y Muerte
del esclarecido Santo.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE



A. M. D. G.

